La educación del Príncipe*

Debo confesar que cuando se imaginó este curso, la idea de que yo dedicase mi conferencia a un tema como «la Educación del Príncipe», me llenó de gozo. Siempre me ha interesado, y si convenimos en que de la ejecutoria del Sumo Gobernante se derivan funestas o estimulantes consecuencias para los habitantes de la nación gobernada, el deseo de que tales secuelas sean agradables, brillantes, y no desventuradas, está escrito hasta en la carne de los ciudadanos, carne que, por qué no decirlo, con demasiada frecuencia ha salido y sale malparada de tales regimientos.

Pero al empezar a recopilar información, a releer ciertos textos que convenía refrescar, etc., sentí que era como si me adentrase en territorios de absoluta irrealidad. Pues la primera evidencia que regala nuestro mundo, y desde hace bastantes años (una linde sería la caída del *ancien regime* en 1789), es que, salvo contadas excepciones, no existe esa «educación del Príncipe», y que, cada día más, en un alarde de progresión, el número de incapaces, torpes, iletrados, cuando no indudablemente indignos, que detentan el poder va en aumento, sobre todo a partir del primer tercio de este siglo nuestro, y que las amenazas de desastre parecen ya incuestionables y éste indetenible.

Al mismo tiempo se me revelaba también de manera indudable que acaso jamás en el acontecer de los hombres ha sido tan necesaria la existencia de esos Príncipes educados. Pero lo quimérico de su existencia, médula de los sistemas políticos que afligen al mundo (acaso con la excepción, un tanto ignominiosa, sin embargo, de la URSS), reducía el tema a lo que puede parecer una nostálgica evocación sin sentido alguno.

Quiero por todo ello que no vean ustedes en mi disertación una invectiva contra los poderes constituidos en Occidente en general en los últimos casi doscientos años, ni una exaltación y urgencia de aquellos otros que provocaron la gloria de Grecia y la de tantos pueblos en diversos siglos, sino tan sólo la exposición sin duda inhábil de lo que los griegos pensaban en torno a tan delicado tema, y, si acaso, resaltar algunos rasgos de su legado que puedan servir si no ya de Norte, al menos de consuelo.

Quizás hubiese debido proveerme de las suficientes notas para no dejar a la improvisación tema tan arduo, pero ya saben ustedes que una tendencia muy a la moda solicita del conferenciante no el que considere razonable y serenamente este o aquel asunto, sino que aun con riesgo del equilibrio de su argumentación, divierta por su capacidad de palabreo; así que espero de mi memoria la suficiente viveza y de ustedes la adecuada tolerancia para que esta hora larga que debemos pasar juntos en esta hermosa sala no resulte intolerable.

* *Transcripción de la conferencia pronunciada en el Curso «El legado del Mediterráneo» en la sede de la Caja de Ahorros del Mediterráneo, en febrero de 1989.*

El problema esencial que Grecia plantea, y por vez primera en la Historia, en el desarrollo del espíritu humano, es el de la Libertad, y la certidumbre de que el hombre influye en su Destino. Esto es: Grecia alza para siempre la individualidad del hombre. Y desde que Homero lo cantara en los versos imperecederos de su *Odisea*, no ha cesado esa visión de dar los más nobles frutos. Y el hombre participa en la construcción de ese Destino porque para los griegos, y, repito, por primera vez en la Historia, el hombre es libre de decidir entre el Bien y el Mal, y de mejorar a través de la educación. La educación influye en los gobernantes y éstos son quienes ejercen el poder, y el poder marca como a fuego nuestra vida. Todos los grandes pensadores, Píndaro o Platón, Teognis o Jenofonte, Isócrates, Tucídides y el gran Aristóteles, convienen en ello, como lo hicieron Solón y Hesiodo.

El problema de la conducta del Monarca y de su influencia en la gobernabilidad es algo que Isócrates, por ejemplo plantea ya de entrada en su soberbia meditación. El monarca es la cima, pero lo es cuando se ha legitimado en y por la *Areté*. El monarca es la imagen de una sociedad que tiende hacia una culminación. Homero ya había situado a sus héroes en la perspectiva de una meta determinada. Y esa meta es la que da sentido a su figura y a su época. Esa meta, la Hipótesis, es muy simple: que sus gobernantes sean más ricos, más fuertes como nación y que vivan, no sólo en el aspecto material, mejor, esto es: que tiendan a la Felicidad. Ese bien supremo es la Eudemonía, bien supremo objetivo. Y la virtud que precisa ese impulso hacia el Bien —y esto es válido tanto para el Príncipe como para sus súbditos— puede ser enseñada. Esa posibilidad de enseñanza es el corazón de un gran *Discurso* de Isócrates —titulado *A Nicocles*—, como lo había sido del pensamiento de Teognis. Es el mejor canto a la Inteligencia y al equilibrio del Bien, que debe prevalecer sobre las posibilidades de los perversos y los incapaces.

De cierta manera, aún cuando haya sido para negarlos (como sucede desde esa revolución burgués-proletaria que es el nazismo), los basamentos de nuestra sociedad siguen siendo aquellos que modelara Grecia y que luego, con la mixtura cristiana, forjaron al hombre occidental. Clemente de Alejandría ya dijo que nuestro río caudal original era griego.

El por qué en aquel reducido, pedregoso, inhóspito territorio, hombres que venían de mil caminos y razas, de Dios sabe dónde, pensaron, se hicieron por vez primera las grandes preguntas, y las respondieron con la altura y trascendencia con las que ellos lo hicieron, es un milagro, como acaso no lo es menos su enmudecimiento posterior. Pero lo miremos como lo miremos, lo que somos, o, mejor, lo mejor de lo que somos, sigue siendo lo que imaginó aquel griego que puso los cimientos de todas las ciencias, todas las artes y nuestro sentido moral.

Y esto no quiere decir que Grecia, a lo largo de su gesta no esté amojonada de profundos errores, crueldades, y en fin de todo lo que constituye el lado abominable de nuestro hacer en este mundo, pero ya desde su origen hay como un hilo exquisito de inteligencia, de magníficos objetivos, de la más eminente cultura, que atraviesa incólume hasta sus más profundos desvaríos y que por encima del apetito soez de sus masas y la vileza en ocasiones de sus dirigentes, ha permitido que sus creaciones se constituyeran en el más alto modelo de los siglos.

Y es aún el modelo porque posiblemente jamás en la Historia de la Humanidad, civilización alguna expresó de forma más perdurable su magisterio. Los griegos tenían un patrón: el Espíritu, que sitúa como meta no lo que se puede conseguir sino al amor que impulsa esa búsqueda.

Esa fue su lección, más allá incluso de los muchos descubrimientos que nos legaran, y sobre los que aún nos movemos. A Grecia le sucede como que al gran Shakespeare o a Tolstoi: sobreviven a cualquier traducción, a cualquier desvarío, a través de interpretaciones pervertidas.

Un escritor griego no sólo nos lega —o un médico, o un escultor, o un ceramista, o un arquitecto— no sólo —y sobre todo un político— no sólo, repito,la obra lograda, sino la viveza, la juventud espiritual que animaba su empeño. Repetimos a Grecia aunque la negamos, como esos médicos que practican abortos aún habiendo jurado la sentencia hipocrática; también la había jurado el Dr. Mengele que luego atormentaría en los campos de concentración nazis.

Los griegos construyeron su mundo con la limpieza, claridad y rotundidad con las que un joven atleta disparaba su flecha: perfecta la belleza del sujeto y directa, limpia la trayectoria. Sin nada que le sobre, exacta, justa, a la medida del hombre; una flecha que el hombre puede disparar. A *su medida.* Porque otra lección inmensa de Grecia es que todo es a la medida del espíritu del hombre.

¿Hay algo más simple y directo e imperecedero que el Partenón, por ejemplo? Recuerden ustedes los versos de la *Iliada,* ó el Templo de Poseidón en el Cabo Sunión, o el Santuario de Apolo de Figalia. Acaso eso sea el sentido de aquel final de Keats: *Beauty is truth, Truth is beauty.*

Con esa misma claridad y firmeza se plantearon el tema que viene a ser el contenido de esta conferencia mía de hoy. También su política es directa, esencial y, permítanme la expresión, muy griega por cierto, bella. Porque la belleza para el griego tiene una significación más profunda que para nosotros. Es guía de la vida, tanto en el arte como en los gestos de los hombres. Debe, han de ser bellos. Con esa medida y esa rotundidad, Grecia legó al mundo la expresión más justa de la Libertad, de la Justicia, de su administración práctica, de las complejas leyes del gobierno y de la Educación, *La Paideia.* Todo ello era presidido por la exigencia de verdad. Una verdad, como la belleza del arte o la perfección del cuerpo, o hasta los placeres de la carne y del espíritu, sin más justificación que su propio disfrute, como algo que solamente debe buscarse y practicarse por amor a ello mismo. Hasta los conceptos de piedad y misericordia —que tan suyos hacia el Cristianismo— son griegos, y lo fueron con su más noble acento de filantropía, sin los excesos ridículos que sucederían después. Y todo ello lo hicieron y nos lo entregaron con el más alto y noble de sus descubrimientos, que es lo que ciertamente constituye el helenismo: todo eso, esa *Areté,* es una cualidad del espíritu, y no pertenece sólo al griego, sino que es patrimonio de la Humanidad.

Recuerden ustedes que con Alejandro, el gran Alejandro, ser griego era poseer la cultura de Grecia.

Podemos decir —y no es una salida de tono ni una exageración —que la primera exigencia *sine qua non* de un político, y por supuesto no creo que los tiempos hayan desechado esa obligación (y más adelante tendré ocasión de referirme a qué sucede cuando

no es así) es que no es concebible sin una esmerada educación y una excelente cultura. Debe haber leído a los clásicos. Sí, no se rían ustedes, aunque comprendo que los ejemplos que tenemos ante los ojos todos los días en cualquier país, casi, sin excepciones, por desgracia, sugieren lo contrario. Pero notables precedentes lo aconsejan y si le sirve a alguien para reflexionar, yo mantendré que no sólo es absolutamente necesario, sino que no serlo resulta demasiado peligroso. Ni ayer ni hoy es concebible un gobernante que no haya meditado largamente al menos sobre la obra de Plutarco, Tácito, Suetonio, Polibio, Tucídides, Isócrates, y sin duda Maquiavelo y otros no menos notables historiadores y cronistas. Leído y meditado , y discutido, y aconsejándose de historiadores. Puesto que lo que un político hace es Historia necesita dominar su instrumento como sería inconcebible un arquitecto que desconociera la resistencia de los materiales o un pintor ignaro de las posibilidades de sus colores. Y eso es una parte de la educación, sobre la que volveremos.

El Gran Legado de Grecia a la política y a su eje, la educación del Príncipe, es, ya de inicio, haberla inventado. Quiero decir que con Grecia es la primera vez en la historia que los ciudadanos reflexionan en que son una comunidad y que esa comunidad ha de tener sus leyes, sus mecanismos, y que esos mecanismos pueden determinarse y son perfectibles. Y a esa tarea —qué gran ejemplo el *Ágora*— se consagraron en cuerpo y alma; a esa dedicación entregaron sus mejores esfuerzos hombres que jamás olvidaremos, pero también la suma de la ciudadanía griega innominada. La línea maestra de su pensamiento es el equilibrio. Ya la creación misma del ciudadano es la mejor prueba de este equilibrio: ni déspotas ni Horda: el ciudadano es la justa medida de la *Res Publica.* Y ese ciudadano solía ser un hombre equilibrado, y sumamente conservador de lo que el pasado había acreditado como bueno. Al mismo tiempo, ese conservadurismo no era una tumba. Había leyes no escritas que no podían transgredirse, porque estaban en la sangre, pero junto a ellas jamás el espíritu ciudadano ha sido más libre en su enjuiciamiento, en su análisis de la realidad; desde el implacable Tucídides al último ateniense. Odiaban las frases huecas, no hubieran entendido jamás lo que nuestras modernas sociedades alaban como zorrería política, pues desconfiaban de que ésta no escondiese sino carencia de inteligencia. Los griegos fueron grandes realistas, esto es, siempre tomaron el toro por los cuernos. Pactaron, sabían pactar, pero esos compromisos no fueron nunca formas zafias de ganar tiempo, sino retoques magistrales en su sistema de equilibrios. Y seguidores como siempre fueron de la máxima "El hombre es la medida de todas las cosas", crearon política a esa escala, teniendo en cuenta sus cualidades, sus grandezas y sus miserias, su necesidad de libertad pero también su exigencia de orden, de limitaciones. No en vano, recuerden ustedes que la *Política* de Aristóteles se precede de un tratado de Ética. Y ese hombre medida de todas las cosas jamás vio tergiversada su verdadera naturaleza por la despreciable turbulencia de las ideologías.

Grecia alumbra un pensamiento político muy claro. Y de tal vigor que nacido para responder a los avatares de una realidad de hace más de 25 siglos, tenía en sí tan generosa semilla como para colmar primero al mundo romano y después al Cristiano y de la fusión de ambos a todo el espíritu europeo o lo que conocemos como Civilización Occidental, de la que ahora presenciamos su final.

El *Conócete a ti mismo* que campeaba en Delfos es la base de todo el sistema. Lo he dicho ya refiriéndome a Tucídides y a todos los demás. Pero un *Conócete a ti mismo* que se inserta en una visión de conjunto, en una suma de la que cada parte es indesligable, pues como escribía Mathew Arnold, ellos —los griegos— vieron la vida en su totalidad, y en eso consisten su acierto y su grandeza imperecedera.

Grecia establece un principio que creo esencial, y que me parece muy provechoso meditar sobre ello en estos momentos cuando Occidente se despeña como nunca por las simas de la degradación y el mal gobierno: la exigencia de desigualdad. Hay un hecho que acaso sea una conquista en el camino de la legitimidad de una sociedad: la igualdad de los hombres ante la Ley. Este principio quizá pudiera discutirse, pues ser iguales ante la Ley (como la igualdad de oportunidades en la enseñanza) a veces es desigualdad y un perverso desequilibrio de las verdaderas Libertades. Pero, en fin, dejando eso, y aceptando la igualdad ante la Ley, lo que Grecia enseña es que esa igualdad no incluye la rectificación de la natural desigualdad de la Naturaleza y de la Vida, y que nunca debe vulnerarse la división y la jerarquía entre calidades espirituales de diversas categorías. Hay hombres que consitutivamente son superiores, más inteligentes, más bondadosos, más equilibrados, superioridad que la educación acrecienta y afirma, y ellos son los designados por el destino para regir a los demás hombres, para evitar sus errores y tratar de procurarles un marco histórico donde sea posible la Felicidad. Esos seres destinados a ser la guía y el gobierno de la comunidad tienen como cualidad esencial el sentido del deber, y en él, algo que Grecia señalaría como fundamental: la *Eunoia*, que vendría a ser el lazo de la Fidelidad que une indisolublemente al Rey y a sus súbditos.

Hasta aquí vemos ya dos piedras angulares en la educación del Príncipe: de alguna forma se nace para gobernar pero es necesaria una educación que perfile esas condiciones. La educación, que por supuesto nada tiene que ver con el desastre que actualmente se considera Enseñanza, es el planteamiento de una meta sublime: el hombre como debe ser; imagen que, y ya hablé antes de ello, incluye la belleza como rasgo esencial, como norma del ideal.

Ese sistema lo encontraremos en el Imperio Romano y en la mejor forma de gobierno que sería la Monarquía Electiva, pues quién mejor que el propio soberano puede designar a su sucesor. Y lo encontraremos en las mejores cabezas del pensamiento europeo posterior; por poner un ejemplo, pienso en Shakespeare, que totalizó la experiencia Renacentista. Shakespeare se encontró ya un mundo distinto, sin Dios o dioses, pero su meditación histórica tiene muy en cuenta esta teoría de la legitimidad por la consecución de un orden justo.

Pensemos en la serie de los Ricardo III y Enrique IV. Las conclusiones que Shakespeare nos propone seguramente no las hubiera alumbrado un griego, pues éstos no vivían el Universo arrasado, cruel y sin esperanzas que nuestro inglés, pero por ello acaso sea interesante detenernos en el pensamiento que parece desprenderse de la obra histórica de Shakespeare, porque lo que sí es el patrimonio, y el mejor, del legado helénico, es su adaptación perfecta de aquellas conclusiones a un mundo que, en lo que nos atañe, está mucho más cerca y es palmariamente más semejante al nuestro.

Permítanme ustedes leer algo que hace tiempo escribí sobre este particular:

Shakespeare llegó a unas dolorosas convicciones: el hombre es una extraña criatura en cuyo corazón, que con facilidad sucumbe a la tentación del mal, de la crueldad, la misericordia y la justicia ocupan un desamparado baluarte que suele ser aniquilado. Por eso Shakespeare, dejando muy claro que la sociedad ha de dar cabida a los sueños, a la libertad, a la alegría, apuesta por un gobierno poderoso que impida el engorde de aquellos elementos que pueden hacer saltar la frágil costra de la civilización, la débil costra que tapona los instintos bestiales. Por eso defiende una sociedad jerarquizada y la indiscutible legitimidad de la cúspide del Poder, la Corona.

Así, todas sus obras sobre este tema, centradas en la historia de Inglaterra, basándose en las crónicas de Holinshed y Hall, y también cuando parte de Plutarco y otros, irán perfilando las condiciones de quien, como ustedes deducirán, era la pieza principal del rompecabezas: el Rey. Porque el Rey garantizaba ese orden o causaba el desastre. Y esa meditación la establece, o nosotros así podemos imaginarlo para entendernos mejor, la establece, repito, en dos caminos convergentes. Acotarán casi por completo el período que va desde Ricardo II a la caída de Ricardo III, esto es, la Casa de Lancaster, la Guerra de las Dos Rosas y el advenimiento de los Tudor.

De alguna forma, ya en los *Enrique VI* empieza a establecerse la meditación sobre la fuerza o la debilidad del Poder. O la Corona es fuerte o como en el caso del débil Enrique, caerá ante otros pretendientes, dejará la puerta abierta a que otro, más fuerte, más astuto, con menos escrúpulos, como Ricardo —y eso lo veremos en *Ricardo III*— se la arrebate. Así sobreviene la Tiranía, que es, como dice en *Julio César*, cuando se separa el Poder de la Conciencia. La única salida serán la guerra y la destrucción hasta deponer al tirano.

Mucho más sutil será en *Ricardo II*, los dos *Enrique IV* y ese himno que es *Enrique V*. Ahí se pone en marcha una meditación de un alcance a mi parecer todavía no superado.

Los tres *Enrique VI* más *Ricardo II* son la historia espantosa de una guerra civil. Shakespeare describe la Guerra de las Dos Rosas que asoló a su patria y decapitó a la aristocracia guerrera afirmando el poder de la burguesía. El tema se había tocado ya en la escena inglesa, incluso se adjudica alguna obra al gran Marlowe. A lo largo de esas cuatro piezas presenciamos la descomposición de un mundo donde los nobles pelean y mueren y con ellos sus facciones. Es, y creo que Shakespeare así se lo propuso, un tratado sobre la crueldad ciega, porque nos deja mucho más claro que otros que se han ocupado del tema, que en el orgullo de la nobleza ya no tenían sitio los intereses de sus súbditos, lo que es el síntoma más evidente de su descomposición. El mundo es un escenario sin ley donde vence el más cruel, o el más fuerte, y donde sin una Corona firme (e ineptos son Enrique VI y el cruel Eduardo IV) el más decidido, el más inmortal, como Ricardo de Gloucester, se hace con el poder.

Su análisis de lo que sucede cuando el poder es débil y permite que engorden las fuerzas del Mal, lo veremos en *Ricardo III*. Ahí va mucho más allá del retrato de un megalómano renacentista. Porque Ricardo es consciente de que existe un mecanismo del Poder, un mecanismo manipulable; y lo usará sin escrúpulos. Eso es posiblemente lo primero que nos deslumbra en *Ricardo III*: su inmediatez, su actualidad. Quiero de-

cir que la trágica historia de Gloucester, encumbrado con la ayuda de unos intrigantes indignos como Buckingham y demás silenciosos y acobardados segundones, es una crónica que conocemos muy bien porque los tiempos se han atrevido a repetirla en un pavoroso *in crescendo* de vileza.

Ricardo III, autopsia de un golpe de Estado, establece una incuestionable meditación sobre qué legitima a una Corona: no el nacimiento, pues vemos que un rey puede ser depuesto y que otro puede surgir del asesinato de su predecesor: sino su capacidad de gobierno. Ricardo III no es diferente ni más cruel que muchos otros reyes. Pero su conquista del poder no lleva a la grandeza, sino al horror, porque como antes he dicho, citando a Shakespeare, separa el Poder de la Conciencia. Sir Thomas More ya había tocado también este tema. Ricardo III es un conspirador ambicioso y desalmado que busca el poder a cualquier precio. Y quizá lo más inapelable de esas páginas magníficas sea el descubrimiento de que esa tiranía puede alcanzarse —aunque después no perdure— siempre que exista alguien lo suficientemente decidido y sin escrúpulos como para apagar su conciencia. Porque la disposición del hombre para mantener la dignidad de su libertad es débil cuando le va la vida en ello, o al menos, son minoría y por lo tanto, pobre defensa —aun cuando a la larga y por la propia erosión de la tiranía, su ejemplo sirva para movilizar al resto de la sociedad—, pobre defensa, repito, esos pocos que se enfrentan al tirano como para impedir su victoria. Y cuán endeble es esa resistencia de la mayoría, Shakespeare lo señala de forma incuestionable al ofrecernos el espectáculo de que en ese camino hacia el espanto, quizás el primer sorprendido sea el propio Ricardo. Ni en su más abominable delirio había llegado a vislumbrar el poder del miedo. Y puede que no sólo del miedo: el poder del Poder. Lo descubrirá atónito en esa asombrosa escena cuando junto al cuerpo de Eduardo, Príncipe de Gales, a quien el propio Ricardo, con ayuda de Clarence, lord Hastings y sir Thomas Grey había asesinado, somete la voluntad de su viuda, lady Ana. No es extraño que Ricardo vea entonces su destino al alcance de su mano. Ha comprendido que al pinchar con su daga, nada se resistirá. El gran secreto: la vileza. Entonces lanza su apuesta pavorosa: *All the world to nothing!* El Universo contra la Nada. Un Universo que le será servido en bandeja cuando con la complicidad de Buckingham, y el no menos servil Lord Mayor, en la pantomima del castillo de Baynard, le ofrezcan la corona. Es uno de los momentos soberbios del mejor Shakespeare. Ricardo aceptará esa corona, pero consciente de la abyección atemorizada que se la entrega, dice que jamás le reprochen lo que pueda suceder. Es un momento de tan alta comprensión de la Historia como cuando antes, en el asesinato de Clarence, reproduce sin adornos la más despiadada lección de los caminos del Poder. O como el asesinato de Hastings. Y todos morirán. Clarence, los herederos, la nobleza. Hasta el mismísimo Ricardo. Sangriento camino hasta la próxima legitimidad.

Hemos visto ese mecanismo funcionar en muchas otras ocasiones, algunas muy cercanas. Esa astuta decisión, ese, por qué no decirlo, profundo conocimiento de la infamia humana y de las posibilidades de utilizarla. Es el paisaje de la destrucción. Y creo que de la historia de esa destrucción podemos obtener la más dura lección: lo fácil que resulta a un indeseable sin escrúpulos aprovechar los frágiles resortes morales de la na-

ción para lograr sus fines mediante el terror. Es algo que ya había explicado muy bien Tácito. El precio del desorden, el precio del silenciamiento de la conciencia.

Macbeth llevará estos argumentos al paroxismo. Porque en *Macbeth* el violador de ese orden, el asesino terrible, es mucho más que un arribista; es un espíritu notable, y precisamente que se trate de un alma grande, amplía las dimensiones de la reflexión. Porque pese a su innegable grandeza, no puede evitar, desde el instante en que decide adentrarse por el camino del Mal, ir hundiéndose cada vez más en ese pantano de sangre que será su reinado. Shakespeare dice: no se vulnera impunemente el orden moral: esa violación pervierte toda posibilidad de restauración moral sin una larga expiación. Porque ha abierto puertas que sólo conducen al horror. O con frase de Victor Hugo: ha desenjaulado el hambre del monstruo, de ese monstruo siempre posible en el hombre.

Qué lección tan necesaria en esta época nuestra fascinada por hundirse en el salvajismo. La transgresión del orden moral conduce inevitablemente, fatalmente, como vio Chesterton, no a la libertad, sino a la hecatombe. Como nuestro siglo, Macbeth es un testigo del Mal, de la fascinación del Mal. Ricardo no vuela a esa altura, no hay grandeza en su destino. Quiere el Poder. Y el camino hacia ese trono es un camino de sangre, que acepta. Lo recorrerá apoyado en los cobardes intereses que imaginan engrandecerse con su complicidad. El problema de Macbeth es más complejo: el hambre de ese monstruo no queda saciada sólo con el Poder. Por eso vemos qué distinto es el comportamiento de Ricardo y el de Macbeth cuando pierden sus batallas. Ricardo quiere huir, daría su vida por un caballo; si escapa intentará en otro sitio otra escalada bestial. Macbeth no huye. Sabe que no hay sitio para él. Ha besado la boca del espanto. Cuántos terroristas comprenderían muy bien lo que quiero decir con estas palabras.

Hemos estamos viendo ese mismo desolado paisaje. En estos momentos cuando privan los más oscuros designios y lo peor del hombre es venerado como ejemplar, qué necesaria es la lección de Ricardo y más aún la de Macbeth. El Poder sin Conciencia. Lo hemos visto en la historia europea de este siglo, lo hemos padecido en nuestra propia carne. Por eso somos nocturnos, como Macbeth. La noche en que se hunde la civilización. Somos los insomnes, como Macbeth, de esa madrugada helada.

Piensen ustedes en el parecido de la tragedia de Ricardo con una hipotética tragedia de Hitler, o de Stalin, o de otros energúmenos más familiares de menor talla pero no menor abyección. La filosofía política de Shakespeare, y es lo que quiero que comprendan ustedes, nos enseña la más dolorosa y precisa lección. Lo veremos aún en los dos *Enrique VI*. Shakespeare nos advierte: es oscuro el camino de los reyes, del poder, está empapado de sangre, pero sólo con alguno de ellos y bajo muy determinadas circunstancias, podemos vivir una época sin el ritual acuchillamiento. Esas condiciones se encargará en *Ricardo II* y los dos *Enrique IV* de establecerlas de forma definitiva.

Ricardo II es la primera obra absolutamente perfecta de Shakespeare. Cuenta la historia del rey Ricardo, depuesto por Enrique Bolinbroke, que inició la Casa de Lancaster. Ricardo es un personaje muy complejo. No cabe duda de que es un mal rey, tiene numerosos defectos, es injusto, superficial, carece de sentido del trono, es irresponsable, débil, codicioso, voluble, ajeno al bienestar de sus súbditos. En su hundimiento

alcanzará, sin embargo, la mayor altura, descubrirá de pronto, en el dolor, como Lear, el verdadero rostro de la vida. Recuerden ustedes el parlamento imperecedero de su abdicación. Pocas veces han estado más claros los atroces mecanismos del Poder. Pero de todas formas, esa futura grandeza, que estoy seguro Shakespeare determinó para hacer aún más evidente, y más amarga, la comprensión de su enseñanza; esa grandeza, repito, no evita el único hecho que la Historia no puede perdonar: Ricardo es un mal rey. Hay que deponerlo. No se trata aquí, fácil elección, como en *Ricardo III*, de acabar con un sanguinario tirano. La elección es mucho más compleja: Ricardo, simplemente, no es un buen rey, no gobierna bien. Y eso es bastante. Porque eso ya, *per se*, da nacimiento al mecanismo del caos.

En otra obra posterior, *El rey Lear*, la cima seguramente de la creación shakesperiana, donde todos los temas se darán cita, volveremos a ver este terrible espectáculo. Jamás un escritor, ni antes ni después, ha entrado como Shakespeare con tan seguro paso y cabeza más pura por los caminos desolados de la miseria humana, y también del perdón y la misericordia. *Lear* es también la ruptura de un Orden —aquella irresponsable decisión inicial de repartir el reino—. Y Lear, como Ricardo, aprenderá a lo largo del dolor el precio del error. Los dos morirán redimidos, habiendo entendido. Y solos. Castigados. Porque la Historia no perdona. No perdona jamás —en las espaldas de su pueblo— a un gobernante incapaz.

En esta meditación sobre el poder, Shakespeare no omite un discurso esencial: se preocupa mucho de enlazar la historia de Enrique IV, que es el precio de la usurpación, con la historia del futuro Enrique V, esto es: la educación del Príncipe. La educación de Hal es el más violento espejo de la naturaleza social del siglo XVI. No sólo por una advertencia terrible: un Rey no tiene amigos (amargo aviso que ilustrará la dolorosa caída del fabuloso Falstaff), sino porque el aprendizaje del futuro Enrique V no estriba solamente en la destilación de la antigua sabiduría en que muy bien consiste todo el reinado y los consejos de su padre, sino que Hal es consciente de que hay nuevos y sutiles mecanismos mediante los cuales hacerse con el alma de su pueblo, encandilarlo, fascinarlo; que la Autoridad moderna no va a alzarse sobre un pueblo dialogante —como lo hubieran sido aquellos griegos que pasaban sus mañanas en el Ágora entregados a un suceder de la vida que no hay verbo moderno que pueda traducir—, sino sobre una atormentada humanidad cuya última razón en muchos momentos es el brillo de la hoja de la espada y a la que para mantener en armonía (aquella Armonía natural al alma griega) muchas veces hay que engatusar astuta, sagazmente. Con estos flamantes elementos bajo el brazo, más la mano apretando el puño de su arma y el corazón dispuesto a la soledad del Poder, Hal irá construyendo ante los ojos mismos de su patria, su leyenda de Rey valeroso, popular e implacable en su autoridad. Cuando le llegue su hora, Hal avanzará con paso seguro hacia el trono. Y será un buen Rey. Inglaterra conocerá la gloria en la batalla, y, lo que es más importante, un gobierno equilibrado, sabio. Buen discípulo este Enrique V —aunque lo desconociera— del viejo Teognis. La imagen real no tiene fisuras. Probablemente, un griego se hubiera alarmado de lo que Shakespeare propone en el análisis de la educación del príncipe Hal, del futuro y magnífico Enrique V, pero si lo miramos con lupa, veremos que se trata de la misma demostración; sólo hay un ingrediente innovador acorde con las

composiciones políticas del universo isabelino: la astucia (entendida ésta como el arte de jugar las piezas aún con engaño, pero tendiendo al bien de la nación), astucia que a un griego le hubiera parecido inaceptable en la limpieza de su visión del mundo, pero que acaso ya en nuestros tiempos —como en los de Shakespeare— fuera precisa para que una tan extraordinariamente devastada conciencia como la de la sociedad moderna pueda ser llevada y traída hasta los límites del orden, hasta el confín de lo posible.

Vamos a tratar ahora, sobre la estimación de las cualidades que Tucídides resalta en Temístocles (y que serían el retrato del gobernante), y recordando también lo que sobre el tema establecen Solón o Teognis o las *Vidas* de Plutarco, así como las enseñanzas del llamado Siglo de Pericles o las páginas inolvidables de Platón o Isócrates, lo que podemos considerar como atributos de ese Príncipe y su educación.

Las cualidades que se le exigen son fundamentalmente dos, aparte de una cultura que es tanto la propia como la de aquella gente ilustrada sensata de que debe rodearse: previsión y claridad de juicio. Pues la vida y la política son como esas filas de fichas de dominó que al caer una mueve a las restantes, o como un ajedrez. Por lo tanto hay que meditar mucho cada gesto, cada decisión, que pueda poner en marcha otros engranajes y saber adónde pueden conducir. Esto incluye la guerra, que no debe ser —como modernos testimonios nos han acostumbrado— total y aniquiladora, sino localizada y como arma de la política.

Otra consideración primordial es que no deben alimentarse ideologías que condicionen prejuicios o que hagan mirar los acontecimientos desde un ángulo determinado, ya que de lo que se trata es de estabilizar, contrapesar inclinaciones muy diversas, intereses que las circunstancias pueden situar como contrarios. El monarca debe tener una visión semejante a la Naturaleza, donde todo crezca, pueda mutar y ser capaz de nuevos acuerdos, nuevos equilibrios, pues la política opera sobre el movimiento mismo del Destino humano, esto es: sus caminos se van abriendo en concreto y exigen soluciones concretas. Una enseñanza fundamental podemos obtenerla —de otras muchas páginas también, claro está— pero principalmente del elogio fúnebre que hace Tucídides en su tercer Discurso (elogio de los atenienses caídos en el primer año de guerra): la mejor constitución del Estado es la mixta; esto es, los ciudadanos son iguales ante la ley, pero la vida política debe estar gobernada por aquellos que están preparados, educados, para el poder. Como antes dije, en épocas modernas la única sociedad que parece seguir esos consejos es la Unión Soviética, y, obviamente, consigue triunfo tras triunfo. Consecuentemente, el Rey deberá elegir para su gobierno a los más capaces, y deberá oirlos, y nunca permitir que un incapaz prevalezca sobre un inteligente. Un soberano sagaz, rodeado de hombres inteligentes y equilibrados y hábiles, es la cima del Poder Justo.

La necesidad de esa educación de los mejores, de los destinados, ya la había planteado Isócrates, y también la estudiará Platón (pensemos en sus reflexiones sobre el tirano Dionisio), así como la *Ciropedia* de Jenofonte y, desde luego, el magnífico Aristóteles, que además tuvo ocasión de llevar a la práctica sus ideas en su educación del que sería el Gran Alejandro. Un ejemplo moderno lo tendríamos en las lecciones de Ranke para Maximiliano de Baviera.

De esa ensambladura del sabio y el gobernante deriva la gran conclusión: que la capacidad de razonamiento es la más noble de nuestras posibilidades. Baluarte capital de esa educación Real es el principio de la Legitimidad: no basta —dice Grecia— la sucesión. Hay que justificarse en la *Areté*, ella es la legitimación del mando. Y otra advertencia capital a considerar por el Príncipe es que el Estado no es una abstracción, sino la suma del bienestar de los súbditos. Es el amor comprensivo, la Filantropía; pero una Filantropía recta, viril, vigorosa, sin debilidades. Pericles será su mejor ejemplo. Un Príncipe que deberá seguir el movimiento de las circunstancias con la vista fija en lo mejor para su pueblo. Un Príncipe que encarna un orden que debe ser justo, de leyes justas, pero firmes y armónicas entre sí, con especial atención a una justicia rápida en sus trámites y administración. Un Príncipe que deberá ser prudente, como ilustra el Discurso *A Nicocles*. Todo ello es fruto de la Educación, una educación donde el monarca comprende su poder y afina los instrumentos del mismo. Y parte fundamental de esa educación debe ser la Historia misma, de la que él y su tiempo no son sino un eslabón: la Historia, su comprensión, es la base de una ejecutoria recta, pues ella enseña los errores y también es espejo donde mirarse tratando de imitar la virtud de los grandes del pasado y de evitar el mal, cuyas consecuencias muy bien puede calcular por pretéritas tribulaciones.

Hay algo muy interesante: la forma externa del destino Real: las Ceremonias, que impresionan al pueblo, que lo conmueven, pero cuyo fin no es sólo sobrecoger, sino que constituyen la espina dorsal del orden en sí mismas.

El Príncipe deberá aprender que toda tentación de seguridad es errónea, y que debe tener en cuenta la precariedad de las relaciones sociales y estar dispuesto a modificar el equilibrio del orden. Y sobre todo deberá evitar dos hechos asoladores de ese orden: los desmanes de los poderosos, el uso arbitrario de su supremacía, pero también la insurrección de los humildes en cuanto ruptura de la jerarquía social; esto es, la codicia y la insumisión, pues el desenfreno acarrea el fin de las libertades, el fin de la sociedad ordenada por las costumbres y las leyes, y esa hecatombe conduce directamente al caos o al poder intolerante y sin conciencia. Ya Platón lo advierte: el tirano es el escalón siguiente e incuestionable de la anarquía producida acaso inexorablemente por la democracia desmandada.

Uno de los frutos más hermosos de la lucidez griega es un organismo de poder, que con el paso del tiempo decreció legalmente, pero que siempre mantuvo la cima de la autoridad moral: el Areópago.

Hay un discurso —*Areopagítico*— cuya lectura recomiendo por lo que tiene de explicación de la fuerza de esa autoridad moral y de la necesidad de un organismo que, aún más allá de las leyes, cuyo aliento se remonta a los más profundos y misteriosos vínculos tribales de sangre y jerarquía, es control de las costumbres, o lo que es lo mismo y con una expresión rotunda: la instancia moral para mantener a raya el caos.

Ese mismo discurso contiene una parte que sin duda sería en estos tiempos nuestros muy necesario de meditar profundamente: su advertencia sobre el exquisito cuidado que debe ponerse en evitar el despotismo de la mayoría contra la minoría culta y equilibrada. Dado que nuestro sistema occidental de gobierno desde hace años y aún por

algunos, son formas de la Democracia Moderna (quiero decir, con sufragio universal y partidos), conviene ver qué conclusiones del legado de Grecia son actuantes en el mejoramiento de la misma y en la limitación de sus perversiones.

Para aclararnos, pensemos en un suceso reciente y por todos conocidos, y veamos cómo se desarrollan unos hechos y cómo los hubiera organizado acaso un sistema donde la educación del príncipe no hubiera sido olvidada. Cuando los imperios europeos alcanzan con la industrialización un crecimiento que los obligó a eliminarse unos a otros, el mundo sufrió el horror de la Primera Guerra Mundial. Ésta trajo devastación, hambre y revoluciones a Europa. A su final, cuando Alemania fue vencida se desmontó aceleradamente la vieja ordenación centroeuropea, se desgajó el Imperio Austrohúngaro y se sometió a Alemania a una postración insoportable. Los alemanes no tardaron en aliarse con el poder perverso que les prometía un fatuo y ante el cual, todo hay que decirlo, dando ejemplo al propio pueblo alemán se humillaron los gobiernos vencedores en la anterior contienda.

Todo ello condujo a la Segunda Guerra Mundial, esa feroz conflagración por las libertades de un mundo que convendrán ustedes conmigo en que cuando tal guerra terminó estaban mucho más sojuzgadas que a su inicio (piensen en Polonia, en toda Centroeuropa, etc.). La Segunda Guerra Mundial, sobre todo por la influencia de aquel nefasto presidente manejado por los comunistas que fue Roosevelt, se convirtió en una carnicería —ya el mismo concepto de "guerra total" es la mayor proclamación de necedad— y cuando terminó, el mundo occidental y sus tan cacareadas libertades se había entregado atado de pies y manos al imperialismo ruso, infinitamente más sutil, inteligente y poseedor de una idea, de una meta.

No vamos a entrar aquí en la discusión de esos años atroces, sino en imaginar cómo hubieran quizá dominado los acontecimientos aquellos monarcas educados.

1.º— Hubieran intentado solventar el problema del reparto de mercados con una visión de largo alcance, aunque incluyese tratar el problema en el campo bélico, pero limitado, ya que uno de las conquistas de la civilización es precisamente la guerra limitada.

2.º— Desde luego, conseguida la derrota de Alemania (derrota aceptada por un ejército todavía muy poderoso), se hubiera tratado de concertar no una capitulación sin condiciones (jamás alguien inteligente impone esa afrenta), sino una paz sólida, respetando precisamente la potencia militar de Alemania y el orden del Kaiser como garantía para frenar en lo posible el desmoronamiento social; esto es: jamás destruir lo que Alemania y Austria representaban como garantía de orden.

3.º— Con una Alemania fuerte, sin las innobles exigencias del Tratado de Versalles, no se hubiera producido seguramente el nazismo, y de producirse en la descomposición del espíritu europeo, tal fenómeno no hubiera alcanzado proporciones considerables.

4.º— Pero demos un paso más: considerando inevitable ese error, al que tanto colaboró Clemenceau, y al Nazismo ya en escena, se hubiera podido combatirlo sin que ello significase el hundimiento moral de la sociedad occidental, sin que todos y cada uno de los valores que nuestra Civilización había levantado en 2.500 años fuesen arrasados por todos los contendientes; se hubiera podido utilizar al propio pueblo alemán y a su ejército alentando la rebelión contra Hitler en vez de someter nuevamente, con

la inflexibilidad de la capitulación, a la nación alemana a un obligado cierre de filas en torno al nazismo, y sobre todo, se hubiera podido vencer a Alemania sin entregar el corazón de Europa, la propia Alemania, Checoslovaquia, Hungría, etc., al comunismo. Pero para eso hacían falta unas cabezas, unos gobernantes, educados para el Poder, unos gobernantes sabios, justos, equilibrados; unos gobernantes y un sistema que no hubieran olvidado la antigua lección de la Educación del Príncipe.

Seguramente ya es muy tarde para que nuestra situación histórica pueda volver a incorporar esa sabiduría. Y sin embargo, aún negada, está en nuestra sangre. Grecia hizo a Roma y estrechísimos son también sus vínculos con el Cristianismo y el catolicismo, y es sobre esos pilares soberanos donde se alza la Civilización Occidental. El discurso final de esa civilización es sombrío, violento, tantas veces sórdido e imprevisible en su holocausto. Cada vez nos alejamos más de aquellas metas griegas de equilibrio y orden. Pero el que aún vivan en nosotros nos obliga a la desesperada batalla por ver qué elementos de aquel discurso pueden aún actuar sobre nuestra sociedad y modificar nuestra vida.

El problema no es sencillo, y tratar de responder a él, menos aún. Occidente parece lanzado incuestionablemente por la vía de los gobiernos democráticos basados en el sufragio universal y el régimen de partidos, en la dimisión moral, en la realización (o su intento) de una sociedad más igualitaria basada en el reparto de bienes y la creación de una pujante clase media. Al mismo tiempo esos pretendidos afanes igualitarios no han sido capaces de evitar el crecimiento del capitalismo salvaje, el sometimiento de gran parte de la población al paro (aunque aumenten las medidas de protección social) y al hundimiento en el más abyecto materialismo y en la negación de todo principio moral. Si analizamos bien, todos aquellos ensueños por los que al menos ideológicamente se planteó el cambio de régimen a finales del siglo XVIII han sido vulnerados, y el mundo se precipita en una ola de horror y violencia ¿Puede el legado de Grecia aportar algo, pueden sus ejemplos insignes mostrarnos algún camino? Personalmente creo que sí, pero también estoy seguro de que no volveremos los ojos a su ejemplo y, perdonen ustedes mi pesimismo, creo que desembocaremos en una hecatombe. Pero algo sí pueden enseñarnos. Pueden al menos descubrirnos otras posibilidades de vida, no ya las suyas, sino las que nosotros fuésemos capaces de crear si fuésemos capaces de saber adónde vamos, si tuviéramos una meta. Lo que Grecia hizo puede servirnos de advertencia. La Civilización Occidental, en un momento de su evolución, arrollada por la Revolución Industrial, se metió por caminos imposibles; jamás el odio y la separación entre las profesiones fue tanta; y en un momento dado de su historia, aquellos a quienes la Democracia había enseñado a obedecer de forma indiscriminada,obedecieron, hubieran obedecido cualquier cosa, y obedecieron: el nacismo fue la salida, y aquellas fuerzas que en nombre de la Libertad lo derrotaron militarmente, acabaron impregnadas de sus principios, que son los que hoy asolan nuestras vidas: el ensalzamiento del éxito económico, la exaltación de la violencia, el engaño, la propaganda, el sutil mecanismo para embaucar, la ceguera ante el horror, la postración y la sumisión moral, la victoria de la brutalidad, lo que tantas veces he llamado el Poder sin Conciencia. Aunque el desarrollo de esa huguiana "hambre del monstruo" desenjaulado parece que sólo se detendrá con el sacrificio final, ciertos elementos del discurso de Grecia, de

su Legado, pueden ayudar a modificar algunos aspectos de nuestra realidad y a hacer más llevadera nuestra vida. Debemos concluir en que no hay usanzas políticas perfectas, ni acaso la esencia de una política sea la perfección; gobernar es un discurso de aproximaciones, tentativas, hacia la consecución de una armonía que permita lo mejor posible que la comunidad viva, se desarrolle, propenda a la felicidad y alcance la más alta cumbre de su esplendor espiritual. El movimiento de la Historia no es una línea recta y ascendente, sino una serie de meandros, y a veces de Guadianas. No se puede dudar de que cada uno de los sueños políticos del hombre ha alumbrado cabezas despejadas, estadistas y filósofos que verdaderamente trataban de alcanzar lo mejor, y desaprensivos viviendo a costa del resto de sus conciudadanos. Pues acaso el fondo de la cuestión sea que todo sistema es bueno si quien lo ejerce es bueno (aparte de la natural evolución de cada práctica que tiene su aurora de esperanzas, su mediodía de conflictos y su anochecer fracasado). Grecia no fue una excepción, y si nuestro mundo se ha construido sobre ella —hasta sobre su lengua— no es porque los griegos lograran siempre hacer realidad sus sueños, pues muy al contrario, en numerosas ocasiones su política fue un despeñadero atroz y padecieron toda suerte de infortunios, excesos y yerros. Pero su idea de la sociedad fue tan equilibrada, y muchos de los hombres que lo simbolizaron, tan preclaros, que los siglos no han podido sino contemplar embobados su ejemplo, tratando de aprender de su sabiduría.

Sin duda Grecia es irrepetible. Pero su historia, enseña. Y como llegó muy lejos y muy alto, puede enseñar mucho. Aunque las situaciones sean diferentes en apariencia —¿qué podría instruirnos en unas tan complejas relaciones internacionales como las nuestras, una sociedad que casi no las cultivó; de unificación, un pueblo que se caracterizó por su atomización; sobre las muy complicadas dependencias de las sociedades industriales, aquella rural y autárquica?—, aunque nuestro mundo sea, repito, otro, la lección de Grecia es necesaria para vivir como el aire que respiramos, porque los griegos llegaron a saber cuanto hay en el fondo de nuestro destino, en el fondo del corazón del hombre, su coraje y su cobardía, su codicia y su generosidad, su crueldad y su bondad, su miedo y su osadía, su necesidad de soledad y su condición solidaria, y los límites de todo ello, los del Orden y los de la Libertad. Por eso es la gran maestra.

A estas alturas de nuestro siglo, seguramente es pérdida de tiempo cuestionar las fórmulas democráticas de representación, las vinculaciones internacionles del comercio, del dinero, los movimientos de cohesión como la actual evolución hacia una Europa unida, las tensiones igualitarias de los sexos, etc. Lo que Grecia puede enseñarnos, con su sabiduría y sus fracasos, con su altísimo ejemplo, son ciertas reflexiones que acaso pudieran mejorar nuestra vida. Por ejemplo: el Sistema Democrático parece incontrastable, aunque muchos de sus errores estén poniendo en peligro precisamente algunos de los valores que pretendió defender con su aparición histórica. Pues bien: ¿acaso no es factible una democracia más selectiva; una sociedad donde estén garantizados los derechos de los ciudadanos que ya son nuestra costumbre para considerarnos en posesión de una vida placentera, próspera y libre, pero donde al mismo tiempo la línea de la ley que separa lo que es posible de lo que arruina la sociedad se alza sea clara, firme, segura de su derecho? ¿Esas garantías de libertad podrían no incluir el triunfo de los malvados, de los incapaces, de los codiciosos, de los violentos? ¿Es posible el

equilibrio de Orden y Libertad, tan amado por Cicerón? Acaso una profunda meditación sobre la esencia de la Libertad y sus límites pueda ser una respuesta. Está en todo el discurso griego, en sus aciertos y también en sus fracasos. Se podría reflexionar sobre las presuntas garantías del sufragio universal sin olvidar que casi sin excepción a lo largo de los siglos los tiranos suelen alzarse por aclamación popular.

Otro ejemplo: ¿sería posible que las guerras —inevitables— puedan ser limitadas? Limitadas en todos los sentidos; usadas como instrumento de la política y con una muy cuidadosa utilización de sus armamentos, estrategias y fines.

Otro ejemplo: ¿es posible una Enseñanza —una absoluta transformación de los actuales sistemas de enseñanza— donde de nuevo se situara como meta el amor a la sabiduría por sí misma, de la cultura como algo cuyo disfrute es no sólo el más alto deleite sino que en ese movimiento hacia ella es donde el ser humano logra su rostro más hermoso y noble, desechando de una vez por todas esta moderna obsesión de zopencos que es el ansia de información? Y sobre todo, con una absoluta conciencia de que ese amor, esa curiosidad ilimitada y ese placer no pueden jamás —bajo ningún concepto— ser desvalorizados, volar más bajo del cielo en que los mejores hayan sabido asentarlos.

Por ejemplo: la Industrialización parece indetenible. Pero ¿no sería admisible aún implicando sacrificios del consumo exacerbado de unas pocas naciones, tratar de mantener un crecimiento equilibrado, dentro de unos límites que mitiguen en lo posible el que nuestras vidas se conviertan en infiernos, disminuir el hambre de los países que no participan del gran banquete, abrir caminos nuevos que aún planteándose cierta marcha atrás, no generen en los favorecidos la condena al paro de parte de su población? Las concentraciones urbanas originadas por esa industrialización, ¿necesariamente han de ser monstruosos organismos productos de angustia, de soledad, de desorden? ¿Es forzoso que la sociedad moderna en su evolución destruya la familia? Y como última reflexión, si el horror que hemos acumulado, si la ruina moral y la barbarie que hemos establecido como norma y costumbre son la única salida de esta sociedad industrial, ¿merece la pena perseverar en ella?

Otro ejemplo: ¿es posible un sistema electoral —y esto es fundamental— donde los candidatos expongan al pueblo sus ideas sobre el gobierno de la nación, sin ser favorecidos por publicidad ninguna, sin patrocinios ni especial protección económica, esto es: sin otro apoyo que su propio valor personal, el poder de convencer de sus ideas? La televisión y la radio pueden servir en una sociedad tan populosa como las nuestras a que ese discurso sea atendido por la nación de forma lo suficientemente razonable como para garantizar, mejor que con los actuales procedimientos, la calidad del pretendiente.

Es muy probable que esa misteriosa plenitud que queda en algunas personas, y que es Grecia, no tenga posibilidades de modificar ya nuestro destino, que Occidente se hunda cada vez más en el horror, y que las democracias, inseguras y atemorizadas, den paso en su seno a nuevos totalitarismos salvajes. Recuerden ustedes una espléndida película de Bergman: *El Huevo de la Serpiente.*

Miramos hoy el orden antiguo como miramos sus estatuas, sus arquitecturas orgullosas y limpias y los textos que alumbraron la lucidez del mundo, como algo que va

no podemos repetir. El legado de Grecia en el orden político se hunde en la misma sima donde todos los valores que ha producido la humanidad, caen, con sus dioses y sus sueños, y a cuya boca campea feliz un asesino.

Pero mientras en nuestra sangre queden vivos los viejos principios de Orden y Libertad, de Libertad con Orden, de Justicia, de equilibrio, de predominio de lo razonable sobre lo inicuo, de la belleza sobre la barbarie, pervivirá ese legado y habrá un rayo de luz en medio de las tinieblas. Goethe dijo: «Sed griegos, a vuestros diversos modos y particularidades, pero sed griegos». Creo que al menos lo hemos intentado esta tarde.

Muchas gracias.

José María Álvarez